

Textos¹

CARMEN HARO DE ARELLANO

Dios y los hombres... (y la mujer)²

God and men... (and woman)

Dios y los hombres lo quieren... He aquí una frase profunda. He aquí una frase de efecto con que encubríis en el trato social la verdadera causa por la cual os determináis a obrar, o sois coadjutores en algunas acciones que no están en un todo conformes con vuestra manera de pensar, o que hallan en cierto modo contrariedad o repugnancia en vuestra conciencia. [...]

He de comparar vuestro ser espiritual, intelectual y moral, con el de la mujer, para que veáis el papel que hemos representado en tiempos remotos, el que hoy representamos en la sociedad, y el que nos está reservado representar, si hemos de seguir las corrientes de vuestra moderna, pero bien entendida civilización.

He de haceros ver hasta dónde llega esa superioridad de vuestro ser sobre el de nosotras, que yo no discutiré en este momento, pero que tanto habéis encumbrado, que hubo tiempo en que fuimos *cosas* y no personalidades como vosotros, según vuestras doctrinas.

Y por último, os pondré de relieve cuán injustamente obráis cuando para disculparos de ciertas acciones, en las cuales ejercemos muchísimas veces vuestra influencia, ponéis por delante un *Dios justo y misericordioso* que ve en el fondo de vuestro corazón todas vuestras injusticias.

Prosigo pues: Hemos de reconocer, que sois unos seres capaces de comparar

¹ Este artículo fue publicado el 1 de agosto de 1883 en la *Revista de Castellón*.

² La selección de este texto la hemos realizado porque pretendemos demostrar la temprana «conciencia feminista» de algunas mujeres que escribían en la prensa y no eran sólo escritos literarios, sino reflexiones con voz propia sobre la realidad social femenina. En este texto se cuestiona ya lo injusto de utilizar la palabra *hombre*, unívoca (o equívoca), para designar a los varones y negar a las mujeres. La autora manifiesta que las leyes, usos y costumbres que elaboran los hombres rodean su identidad y capacidad de sociabilidad con un represor «círculo de hierro» que las esclaviza y ridiculiza. No menos contradictoria es la situación que crean los hombres al privar de voluntad, de inteligencia y actitud para el trabajo a las mujeres casadas, mientras que cuando enviudan les dejan tener toda la responsabilidad frente al cuidado de la familia. En definitiva, las mujeres con sus escritos reivindicativos también contribuyeron a abrir nuevos caminos hacia su emancipación [Anotaciones de Rosa Montleó].

vuestras acciones con las leyes físicas y morales de que os halláis rodeados; unos seres capaces de percibir los resultados de vuestras comparaciones; esto es, capaces *de pensar*, incluyendo en esta palabra todas las operaciones de la inteligencia con que os dotó el Supremo Hacedor al criarlos.

Habéis creído por algún tiempo que erais los únicos seres vivientes dotados de reflexión para meditar. No dudo que os espiritualizáis, digámoslo así, y estáis presentes en todos los actos de vuestro propio entendimiento; que observáis la rapidez, parecida a las olas del mar, con que se suceden vuestros pensamientos; seres dotados de razón que, al fin, habéis sido colocados en medio del espacio para sufrir y para estar rodeados de los prestigios e ilusiones de una vida que llamáis engañosa.

Ahora bien: Entre las muchísimas cualidades que os habéis apropiado, recuerdo entre ellas «Que disfrutáis de más firme voluntad que la mujer». — Es verdad, díganlo vuestras apostasías, que tanto en el orden moral como el político, cometéis; por fines particulares o por conveniencias inexplicables. — «Qué tenéis un razonamiento más justo» —justiciero, querréis decir, porque siendo la mujer más bondadosa, este es carácter de la justicia.

Sois autores de una ley inflexible. Miradla: «La Ley en todos los pueblos convierte al marido en jefe de la familia.» ¿Y no sois vosotros mismos los que habéis fabricado esa ley? — «Requíerese que la familia sea una, y por lo tanto ha de obedecer a una voluntad única». — Convengo. ¿Pero habéis tenido en cuenta que a este paso una voluntad única en el Estado, constituye la unidad de la nación, y ésta es precisamente la teoría del despotismo contra la cual tanto habéis clamado?

Habéis fundado una filosofía moral que yo respeto profundamente, que yo venero, porque la veo fundada en un *Código moral*, sublime, inmutable y eterno, que empezó en el Sinaí, y tuvo la Suprema sanción en el Calvario.

Decís: «El hombre vitupera o aprueba sus acciones, las elogia o condena según el dictamen práctico de la razón, juicio o raciocinio que forma acerca de la bondad o malicia de sus acciones». Y después de haber perdido mucho tiempo en la contemplación de vuestra enigmática existencia, reconocéis la complejidad de vuestro ser, las funciones que pertenecen a cada una de sus partes constituyentes, larga y atenta observación, después de la cual habéis venido en conocimiento de que vuestro cuerpo no es más que un instrumento (siquiera sea el más perfecto) armónico, hecho a propósito para reflejar y reproducir los afectos del alma. Tanto es así, que según vuestras mismas filosóficas doctrinas: «Para estudiar al hombre moralmente, es preciso estudiar el espíritu que le anima y no los órganos materiales de su estructura material».

En cambio, vosotros, raro es el que estudia nuestro ser moral, esto es, nuestros sentimientos, nuestras inclinaciones...; depende generalmente vuestro juicio de la impresión que os causa una educación más o menos estudiada (y a

veces ficticia) o del aspecto más o menos agradable que hayamos podido adquirir en una tienda de *Últimas Novedades*, según nuestra posición social. [...]

Amigos míos, de esta clase son casi todas las acciones, que hoy por desgracia ejecutáis; desde el más ínfimo de los empleados hasta el ministro, la política lo ha invadido todo, y ciertos puestos y aún las carreras profesionales nos dan ejemplos en alto grado. [...]

Yo comprendo perfectamente que para que no se os haga insufrible la vida, es forzoso que os acostumbréis a las injurias del tiempo, y a vuestras mismas injusticias; pero concluiré por recordaros: «Que una injusticia hecha al individuo, es una amenaza contra toda la sociedad» (Montesquieu).

Vuestra nunca desmentida galantería, para con la mujer, creo perdonará el que me haya separado algún tanto del objeto principal que me he propuesto, y en gracia a la brevedad voy a concluir.

No os negaré vuestros atributos de *perfectibilidad, moralidad, sociabilidad y educabilidad*, tan pregonados por vosotros con referencia al hombre considerado en conjunto; menos os negaré aún, la unidad, la identidad y actividad, atributos peculiares del alma; de un alma que os habéis querido negar en vuestros filosóficos delirios, por que yo misma me envanezco de aquellos, pero sí sois injustos con nosotras (y dispensadme) cuando proclamáis con cierto egoísmo *el hombre fue criado libre*. ¿Qué entendéis por hombre? — ¿El hombre completo, esto es, hombre y mujer? — ¿O sólo la mitad del género humano?

Supongo que ha de entenderse «el hombre y compañía.» ¿Y no es la compañera del hombre la mujer? — ¿Y la mujer no tiene sobre la tierra la misma vocación moral que el hombre, y por lo tanto *igual libertad para realizar la misión que le está confiada*?

Nos habéis llegado a privar de voluntad, inteligencia, salud y aptitud para el trabajo; mientras existe nuestro compañero de peregrinación por esta mísera tierra, mientras existe el marido, lo comprendo; pero fallece éste, y por una efusión de gracia, por una nueva virtud que no se de donde sacáis ni de donde procede, nosotras recobramos la voluntad, la razón, la salud y toda la riqueza intelectual y moral que antes negabais; antes la estigmatizabais y ahora echáis todo el peso e interés de la casa y el cuidado de la familia sobre ella.

Podéis condenarnos a obedecer desde lo alto de vuestra majestad filosófica y jurídica; pero en cambio os desafiamos, a vosotros, a vuestras leyes y a vuestros tratados de moral. ¿Sabéis por qué? — Por la belleza de nuestro rostro, por nuestros encantos, y porque hay momentos supremos en vuestra vida, en que sabemos derramar una lágrima o prodigar una sonrisa.

No debéis culpar a la mujer, el ser un ser incomprensible, porque ya viene al mundo rodeada de usos y costumbres sociales que desde la niñez a la ancianidad la sujetan, la obligan a moverse en un círculo de hierro y a desempeñar papeles, que aún cuando en su conciencia los cree ridículos e infames, no le es

dado eximirse de ellos en todas las ocasiones, ni en todos los tiempos.

Abrid la historia y veréis, que desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, «la mujer ha sido en un principio violada, luego robada, después comprada, más tarde tomada en matrimonio, enseguida fecundada en rebaño, relegada al serrallo después, luego casada con un solo hombre, algún tiempo después vuelta a comprar por el dote, asociada al hogar subsecuentemente, garantida luego por la viudedad, etc., etc.»

Hasta vosotros mismos habéis demostrado: [...] «Que no es la mujer la que se ha prostituido, sino, por el contrario, ha sido el hombre el que ha prostituido a la mujer».

«La sumisión es la condición propia de la mujer».

¡¡Y sin embargo tenemos la misión de llevar en nuestro seno y dar a luz al que ha de esclavizarnos!!!... No dudo que juzgáis de ridícula la filosofía en la mujer, pero estáis en una contradicción. — ¿No queréis que la mujer profese una religión? Pues la religión nos habla de Dios, del universo, del alma, de su inmortalidad. — ¿Y la filosofía, no habla también de Dios, del universo, del alma, de su inmortalidad y de la religión misma?...

Yo creo que muchos de vosotros, abusáis de la filosofía, lo cual cambia de aspecto. ¿No es verdad? Pues bien, mirad: — Desde lo alto de la cruz, de ese instrumento de servidumbre, de infamia y de ignominia de los romanos, hoy emblema de lo divino, de caridad, de amor... Jesús, ya moribundo inclinó su última mirada sobre el mayor sufrimiento que pudo encontrar en el mundo... La última mirada de un Dios, fue a favor de una mujer: *Hijo, he aquí a tu madre*. Y esta luz llenó el ámbito de la tierra.

San Mateo, Abril, 1883

Recibido el 22 de mayo de 2006

Aceptado el 2 de julio de 2006

BIBLID [1132-8231(2006)17: 243-246]